

Calderón a escena

Santiago Trancón

Calderón ha sido, desde el siglo XVII, nuestro dramaturgo más universal. Muy pronto sus obras se tradujeron y representaron en Francia, Italia, Alemania y Holanda. En Italia dieron lugar a libretos de ópera y en Francia los autores metieron mano a sus dramas y comedias sin reparo para escribir sus obras. Pero Calderón, después de brillar como nuestro dramaturgo máximo, empezó a desaparecer de la escena española en el siglo XVIII, fruto de la intolerancia ilustrada. Tuvieron que llegar los románticos alemanes –Goethe, Schiller y Schlegel, que encumbraron a Calderón al más alto puesto de la dramaturgia universal– para revalorizar su figura y su teatro. Ya desde entonces, dos posiciones antagónicas luchan por definir, interpretar y valorar su obra: una, la que defiende a un Calderón católico, apostólico y monárquico, bandera de conservadores y reaccionarios; otra, la que reivindica a un Calderón defensor de la libertad y el individuo frente a los abusos del poder y la injusticia. La ambigüedad del romanticismo, con su rechazo del racionalismo ilustrado y la exaltación del individuo y el pasado, dio cobijo por igual a tradicionalistas y liberales. Con Calderón pasó lo mismo: sirvió tanto para cubrir un roto conservador como un descosido liberal.

Durante los siglos siguientes, la figura y la obra de Calderón se vio sometida a parecidas y antitéticas valoraciones, prueba de que no deja indiferente a nadie. La inquietante atracción y fascinación que su obra encierra parece que empuja a estudiosos y lectores a tomar partido de forma apasionada y hasta extremista. Durante el siglo veinte hemos asistido, por épocas o momentos, a una fluctuación entre esos dos Calderones. Por un lado, Calderón sirvió, por ejemplo, en la época de las vanguardias, de estímulo e inspiración a los intentos más lúcidos de renovación del teatro en nuestro país, como fue el caso de Rivas Cherif o García Lorca. Por otro, especialmente durante el franquismo, Calderón fue utilizado como defensor y propagador de los valores más reaccionarios. Simplificando, podría decirse que ha habido hasta hoy un Calderón de izquierdas y otro de derechas¹.

¹ Bastará recordar dos hechos sintomáticos: Rivas Cherif dirige *El alcalde de Zalamea* en la plaza de toros de Madrid en 1934 para conmemorar el tercer aniversario de la República, mientras que Luis Escobar monta en 1939, en el Paseo de las Estatuas del Retiro, el auto sacra-

Esta ideologización y politización de Calderón ha producido un desenfoque y la distorsión inevitable de sus ideas y su teatro. Todavía hoy la imagen más dominante que los españoles tienen de Calderón es la de un autor sombrío, pesado, aburrido y hasta antipático. La culpa de esta mala imagen no sólo la ha tenido el franquismo. El origen de esta visión negativa quizás se lo debemos a la generación del 98 que, por rechazo a la exaltación retórica y conservadora que hicieron los calderonianos de su época, con Echegaray a la cabeza, reaccionó prestando poca atención a nuestro mayor dramaturgo y sintiendo pocas simpatías por su ingente obra². Tuvieron que llegar los autores del 27 para descubrir, junto a Góngora, a Calderón. Hoy, en cierto modo, tenemos que retomar lo que estos autores iniciaron y que quedó truncado por la involución franquista: una valoración global y no partidista de Calderón.

Calderón contemporáneo

Transmitir una nueva imagen de Calderón, menos desenfocada, más ajustada a la realidad, basada en un mejor conocimiento de su obra y su época, menos sesgada, en definitiva, que tenga en cuenta toda su obra, y no sólo aquellos aspectos acordes con ideologías y posiciones previamente adoptadas: ésta parece que ha sido la intención dominante de los impulsores de la conmemoración de este cuarto centenario de su nacimiento que ahora cerramos. No existen, por tanto, dos Calderones, sino uno sólo, complejo, variado y hasta contradictorio. Ésta pudiera ser una buena conclusión de los esfuerzos de investigación y difusión llevados a cabo durante este centenario. La vieja polémica distorsionadora y reduccionista ha dejado de tener sentido. «El peor enemigo de Calderón es una lectura reducida, temerosa y con anteojeras, que impida dar cuenta de la vasta dimensión que caracteri-

mental La cena del rey Baltasar para conmemorar el 18 de Julio a cargo del Teatro Nacional de la FET y de las JONS.

² Huerta Calvo, Javier: Los del 98 ante el teatro clásico (inédito). Plantea aquí el autor cómo la intelectualidad «progresista» de finales del siglo XIX rechazó el teatro clásico, al que vio como «un nefasto compendio de trasnochados estereotipos nacionales y religiosos». Y precisa el autor: «Esta condena no depende tanto de un acercamiento directo a los textos del siglo XVII, cuanto al desprecio que manifestaron hacia las formas teatrales románticas y neorrománticas. En particular hacia el teatro de la segunda mitad del siglo XIX, el que representaron Adelardo López de Ayala, Leopoldo Cano, Eugenio Sellés, Manuel Tamayo y Baus y, naturalmente, José Echegaray». Paradójicamente, Paul Verlaine defiende y exalta, por las mismas fechas, a Calderón, al que dedica un célebre soneto en que le considera por encima de Corneille y de Shakespeare.